

La olla extraviada

(Cuento)

Hugo Mercado Ayala

(SEGUNDA PARTE)

Después de los tristes afanes de rigor, las investigaciones policiales, el entierro y todo lo demás, las cosas volvieron a su cauce normal poco a poco. Doña Helba había provocado muchas veces la admiración de su marido porque, pese a su natural fragilidad, era una mujer de temple; serena y respetuosa que sabía cuándo actuar con paciencia. La gente confundía su resignación y su fortaleza con la terquedad; ella podía soportar mejor que nadie las angustias de la vida, mejor inclusive que el musculoso Zergio. Aunque su rostro parecía estar ahora más arrugado se notaba su férrea determinación de seguir adelante, tomó a su servicio a una acompañante y aunque coñuda como siempre siguió trabajando como antes. Un día se propuso buscar la olla y el portafolios perdidos, revisó todos los rincones de la casa, de arriba para abajo pero no halló lo que buscaba. Pero después de cavilar durante días enteros supo dónde encontraría lo que buscaba. Despegó sin mucho esfuerzo el encerado que estaba debajo del banco de trabajo de Zergio e inmediatamente comprobó que el piso había sido excavado y vuelto a cubrir con mucho cuidado. Podría jurar ahora que abajo habría un hueco suficiente como bien disimulado para que dentro cupiera la olla extraviada y en el interior de ella el famoso portafolios. Ella no necesitaba sacar la olla y comprobar que allí estaba metido el maletín negro.

Y tomó una decisión singular; resolvió no tocar nada de ambos objetos y volvió a colocarlos en el hueco. Tapó cuidadosamente el agujero, lo disimuló con maestría y luego puso encima algunos fierros viejos y herramientas y pisó el encerado tal como estaba antes y encima de él el pesado banco de trabajo, todo como lo había dejado el difunto. Entonces recordó nitidamente los acontecimientos antes y después de su muerte. Por ejemplo que en la ciudad se había producido un gran revuelo a causa de un asalto que se había cometido contra un banco; los exitosos ladrones se habían llevado una gran suma de dinero y valores depositados en una enorme y anticuada caja fuerte. Una caja fuerte que era muy parecida a la que alguna vez, años antes, Zergio hubo reparado por ciertas fallas en su chapa y en sus goznes. Finalmente todo quedó claro en su mente. Ella era la única persona en el mundo que sabía donde encontrar el portafolios y su valioso contenido. Más como era terca pero no avariciosa el asunto no le preocupaba en lo mínimo, y siguió su rutina de siempre, trabajando pausadamente en sus masitas y dulces.

Como la vida continúa pese a todo, aún habiendo perdido a su querido hijo y a su marido en acontecimientos trágicos que pudieran abatirla sin remedio, ella resolvió seguir su vida con la terquedad que le había dado fama entre sus conocidos Terquedad con serenidad.

Eso sí, mandó colocar un aviso de parte visible de la casa e hizo una vaga oferta de venta en una oficina de bienes raíces del pueblo, cuyo dueño era un antiguo conocido suyo. Pero he aquí que la gente del lugar y del pueblo cercano creyó que doña Helba había enloquecido puesto que pedía por la vieja casa una cantidad tan grande que excedía tres o cuatro veces su valor real. De ese modo nadie asomaba por la casa ni hacía oferta alguna en la oficina de bienes raíces. Así pasaron muchos meses casi hasta llegar los dos años.

Un buen día, sin embargo, llegó a la casa un hombre de mediana edad, corpulento y de buenas



maneras, aparentemente decidido a comprar el rústico caserón. Dijo haberse contactado con la oficina de bienes y mostró un relativo interés en la casa, cuidándose de averiguar discretamente las razones que tenía la vieja para venderla y otros detalles que obtuvo con suma habilidad. Manifestó con desenfado que se había retirado de sus actividades de empresario y que quería descansar en un sitio como ese, que gozaba de las ventajas del campo y también de la ciudad. Conversando tranquilamente llegó a enterarse finalmente del precio de la casa y pareció no extrañarse demasiado ante la gran suma que se pedía por ella. Visitó a doña Helba unas dos veces y al llegar al fondo del asunto, manteniendo firme sus propósitos de comprar le dijo:

- Mire Ud., señora; la casa me gusta más por el lugar que por otra cosa pero fijese que necesita serias reparaciones que seguramente me costarán un dineral. Así puestas las cosas le rogaría una...

La arrugada señora sabía de antemano dónde quería llegar el hombre y sin el deseo de espartarlo le dijo que el precio era fijo, no sujeto a discusión, añadió que la casa tenía para ella un otro valor, de tipo sentimental y que no lo cedería por menos del precio asignado. Por último le dijo que si quería una casa con terreno, más barata, había una cerca de allí. Pero estaba claro que el comprador no quería otra cosa que no fuera la propiedad de la viuda, costara lo que costare.

Finalmente el hombre largó la pregunta crucial.

- Entiendo que a su marido le ocurrió en esta casa algo trágico.

- Así es contestó ella mirándole profundamente a los ojos fue muerto por un asesino hace más de dos años... En fin, si vendo la casa donaré el dinero al Fondo de Señoras Desamparadas, y allí mismo me iré a vivir con ellas. Como no tengo parientes el dinero me interesa poco o nada.

- ¡Pero, mi estimada señora Helda! rogó el hombre cada vez más ansioso - Yo quiero esta casa y ninguna otra por motivos de... en fin, de salud... el precio podría ser fijado por un experto en bienes y...

- ¡Mire, caballero! - cortó bruscamente la anciana más segura que nunca acerca de las intenciones del hombre que tenía delante - Si Ud. no puede o no quiere pagar lo que pido, podemos acabar aquí mismo la conversación. ¡Buenos días!

- ¡Esta bien! ¡Está bien! - exclamó el hombre gordo en tono suplicante. Por favor no lo tome a mal. Creo de seguro que llegaremos a un acuerdo. Ya le dije que me gusta este lugar y ningún otro. Déme un par de días y cerraremos el trato.

- Muy bien, - terminó la mujer con evidente desazón, le esperaré tres días más pero sepa Ud. que no rebajaré un centavo del precio.

El hombre, derrotado en toda línea por la férrea voluntad de la vieja pero guardándose un as en la manga aceptó finalmente sus condiciones y se dispuso con fingida satisfacción. Al salir maldecía a la dueña diciendo para sí mismo "vieja arpia... no sabe con quién está tratando; me quedará con la casa a como de lugar, y con lo que hay dentro... Ya veremos quien sale ganando".

Antes de cumplirse el plazo el hombre volvió a la casa y le dijo a la vendedora que tenía el dinero listo y que podrían proceder a firmar los papeles ante el notario en cuanto lo quisiera. Repitió una vez más que sólo compraba la finca por tener una excelente ubicación y nada más. Que quería descansar allí con su familia luego que hiciera en ella las mejoras indispensables. En fin que el trato estaba cerrado.

Doña Helba mostraba una sonrisa extraña, pese a su habitual hosquedad ahora se veía muy serena y respetuosa porque después de tanto estudiar al visitante había llegado a una sólida conclusión. Este era el hombre que había esperado por años y no cabía ninguna duda en su corazón; las cosas deberían hacerse como lo había planeado tanto tiempo.

- Bien, en ese caso iremos al pueblo ahora mismo; me cambiaré de ropa en unos momentos, pero entretanto acepte Ud. un poco de limonada que estoy segura le caerá bien con el calor que hace... Y le ofreció un vaso colmado. El comprador agradeció la gentileza de la vieja y vació el contenido en dos largos tragos, mientras su anfitriona le observaba esta vez con semblante adusto y con una terrible mirada. Observaba al hombre fijamente mientras este comenzaba a sudar y a respirar agitadamente. Se había quitado la corbata con temblorosas manos y mientras sudaba y sudaba se puso jadeante como si le faltara el aire. Su rostro se puso rojo e hinchado y poco a poco se deslizó de la silla y cayó al suelo con los ojos muy abiertos y plenos de terror, murmurando apenas; "ahora comprendo... Usted sabe que yo...".

La terca señora Martínez miró el cadáver con desprecio diciendo con voz clara y firme...

- Así es, maldito asesino, yo sé lo que le hiciste a mi marido. Pero al fin caíste en la trampa e irás donde te mereces... ¡Al infierno!

Se acercó al teléfono y después de marcar murmuró: "Si es la Policía, vengan por favor. Aquí tengo un hombre que se murió de repente".

Cochabamba, julio del 2000

página